

I EN MADRID

Me senté al otro lado de la mesa, precisamente frente a aquella persona de sonrisa amable, de mirada amable y de gestos amables.

—Hola, Camacho. Encantado de saludarte. Me han hablado de tí y tenía deseos de conocerte —me dijo.

—Gracias— le contesté conmovido.

—¿Trues la obra del premio nacional?

—Sí.— Y le alargué el libreto mecanografiado a dos espacios y por una sola cara.

—Estupendo... estupendo... estupendo...— repetía mientras lo hojeaba distraídamente.— Escucha: se me ha ocurrido de pronto que podrían hacerte una entrevista en los estudios "Tal"...

Yo la miré perplejo.

—¿A mí... y aquí, en Madrid?

—¡Claro! Espera.— Y llamó por teléfono.— ¿Fulanito? ¿Cómo te va? Bla... bla... bla... bla... Bueno, el caso es que te llamaba, porque tengo en mi despacho a Angel Camacho, de Tenerife. Obtuvo un premio nacional de teatro en... en... —dirigiéndose a mí— ¿dónde fue?

—En Alicante— me apresuré a apuntarle.

—En Alicante, y he pensado que sería una buena idea que le hicieran una entrevista en los Estudios "Tal", para la cosa de promoción, ¿comprendes?... .. Entonces, ¿puede ir por ahí?... .. ¿Mañana, a las once? De acuerdo. Un abrazo. —Cuelga.— ¡Resuelto! Mañana a las once te presentas en los Estudios "Tal" y preguntas por el señor X. Van a hacerte una entrevista para el programa "Cual"...

Debo confesar que cuando, unos instantes más tarde, abandoné aquel despacho, lo hice con la convicción de que, a partir del día siguiente, a las once de la mañana, sería famoso en todo el territorio nacional y sus alrededores.

A la hora prevista, me hallaba como un clavo en los Estudios "Tal", con mi flamante placa de plata debajo del brazo. (El premio en metálico de cien mil pesetas lo había dejado a buen recaudo en una entidad bancaria).

Y fuí recibido por el señor X que, también, muy amable, me sonrió de oreja a oreja.

—¿Angel Camacho? Pase, pase. Siéntese y espere un momento, por favor.— Me senté y después de esperar un momento de quince minutos, solo, en un despacho parecido al que había visitado en el día anterior, volvió el señor X, para decirme:— Venga conmigo.— Y me condujo a la puerta.— Mire, siga este pasillo, y en la puerta tercera, pasada la segunda y antes de llegar a la cuarta, pregunte por el señor H. El ya está al corriente de todo. Adiós, Camacho. Fue un placer conocerle.

Y el señor H, el mismo de la puerta tercera, pasada la segunda y antes de llegar a la cuarta, me estrechó la mano muy efusivamente.

—Mucho gusto, Camacho. Usted viene por lo del fútbol, ¿no?

—No, señor —balbuceé—, yo vengo por lo del premio...

El buen señor H parpadeó confuso.

—¿El premio?! ¿Qué... qué premio?... ¡Ah, sí, hombre, el premio! ¡Qué cabeza la mía! Entre. Tome asiento... ¿un cigarrillo?... ¿Me perdona? Es sólo unos segundos.

Se fue y los segundos se convirtieron en otros quince minutos de paciente espera. Lo de hacer esperar quince minutos, ¿sería una costumbre en los Estudios "Tal"?

—¡Todo arreglado!— exclamó el señor H reapareciendo.— En el segundo piso pregunte por el señor Z. Me volvió a estrechar la mano muy efusivamente.— Encantado de conocerle ¡y mucha suerte!

Encontré al señor Z en el segundo piso. Y el señor Z me llevó al despacho del señor P, en el tercero izquierda, y el señor P me condujo a la oficina del señor K, en el segundo derecha y el señor K me presentó a un señor bajito y con bigote, que me hizo la entrevista.

2 EN SANTA CRUZ DE TENERIFE

—¡Ring... ring... ring...!

—¿Angel Camacho? —suena una voz afable en el teléfono.

—Sí, soy yo —respondo.

—Aquí... (me citan un Organismo) Hemos leído tu obra, la del premio nacional y nos parece fabulosa. Queremos montarla aquí, en Madrid, en la próxima temporada, con la compañía "Mengana".

Creo que se me puso un nudo en la garganta.

—¿Lo... lo dice... lo dice en serio?

—¡Qué sí, hombre, qué sí! ¡Está decidido! Mándenos veinte ejemplares, ¡en seguida! ¿Vale?

Yo, ¿qué iba a decir?

—¡Vale, vale, vale!

Se suceden semanas de intenso trabajo, pegado a la máquina de escribir; aprovechando el menor tiempo que me dejara libre mis ocupaciones profesionales. Después del multicopista. Llega un momento en que nado en medio de un montón de folios mecanografiados a dos espacios y por una sola cara... Los ordeno... página una... página dos... página tres... cuatro... diez... quince... veintiuna... treinta... ¡Veinte copias, veinte!

¡Uf! ¡Por fin! El trabajo pudo ser remitido en dos paquetes, con un chorro de sellos de franqueo certificado.

¡Viva! ¡Mi obra será estrenada en la Capital de la Nación!

Y los periódicos locales publicaron la noticia.

"UNA OBRA DE ANGEL CAMACHO SERA ESTRENADA EN MADRID POR LA COMPAÑIA MENGANA".

Y pasó un mes... y otro... y otro... y otro...

No puedo contener mi impaciencia y recurro a la conferencia telefónica.

—¿Quién llama? —pregunta una voz conocida.

—Soy Camacho, Angel Camacho —respondo.

Silencio en la otra parte. De repente, un grito de júbilo.

—¡Amigo Camacho! ¿Qué es de tu vida? Por cierto, ¿por qué no me has enviado los ejemplares de la obra que te pedí?

—Pero si los puse en Correos hace... hace...

—Pues, chico, no los he recibido... De todos modos... el caso es... Bueno, verás... parece que... lo que te dije de la próxima temporada... En una palabra, como no se trata de una obra premiada por este Organismo, no va a poderse estrenar...

—Pero ustedes me dijeron...

—Sí, sí, te dijimos, desde luego que te dijimos, pero las normas son las normas, ¿entiendes?

Yo no entendía nada; pero lo veía venir...

—Te aseguro —proseguía la voz— que yo estoy encantado con la obra y que la tenemos en repertorio... Oye, ¿por qué no hablas con M. Es posible que él... ¡Y no te desanimes, hombre, que tarde o temprano!...

Respuesta de M, también a través del aparato telefónico.

—¡Por supuesto que queremos estrenarla. Todos estábamos chiflados por hacerla... Es buena, original... pero... pero... pero...

¡Pero... pero... pero...! ¡PERO PERO PERO! ¡¡PERO!!

La obra no fue estrenada, y los paquetes conteniendo los veinte ejemplares mecanografiados a dos espacios y por una sola cara, me fueron devueltos un día, sin abrir, porque aquellos señores de allá, del otro lado del Atlántico, los de miradas amables, los de sonrisa de oreja a oreja, los de apretones de manos, calurosos y efusivos, ni siquiera se molestaron en retirarlos de las oficinas de Correos...

Todo aquello me llenó de asco y empecé a escribir "La Ejecución".

ANGEL CAMACHO CABRERA

texto íntegro de

LA EJECUCIÓN

original de

ANGEL CAMACHO CABRERA

PERSONAJES

LA ACTRIZ
VOZ DE HOMBRE
EL ACTOR
EL AUTOR
EL DIRECTOR
EL EMPRESARIO
VOZ EN OFF

ANGEL CAMACHO CABRERA (Santa Cruz de Tenerife, 1935) es licenciado en Derecho por la Universidad de La Laguna. De su abundante producción dramática ha estrenado: **“Un cielo de asfalto”** e **“Historia del loro que no quiso hablar”** (Grupo Teatro de Cámara de Canarias); las pantomimas **“El retrato”**, **“El sapo y la mariposa”**, **“El mosquito”** y **“Un sobrino terrible”** (Grupo Teatro de la Agrupación de Sordomudos de Santa Cruz de Tenerife) y **“Herodoto, qué amigo fantástico”** (Grupo Teatro “La máscara”). Ha publicado: **“El mosquito”**, **“La mecedora”** y **“Herodoto, qué amigo fantástico”**.
Obtuvo en 1969 el Premio Nacional Azorín de la Diputación de Alicante por **“Herodoto, qué amigo fantástico”**; así como menciones y placas en diversos concursos provinciales.

- VOZ DE HOMBRE.—Siempre.
- LA ACTRIZ.—¡Qué se cree usted eso! Se equivoca, Manolo. Muchos inocentes han muerto en la horca. Lo sé.
- VOZ DE HOMBRE.—Bueno... a veces es inevitable... Ya puede soltar. Muchas gracias.
- LA ACTRIZ.—Baje, ¿quiere? No me gusta estar aquí sola.
- VOZ DE HOMBRE.—No se preocupe. Nadie va a hacerle daño.
- LA ACTRIZ.—¿Y ese hombre?
- VOZ DE HOMBRE.—¿Qué hombre?
- LA ACTRIZ.—El que vio antes.
- VOZ DE HOMBRE.—Ah... En realidad, no sé si era hombre o mujer...
- LA ACTRIZ.—Va a conseguir ponerme nerviosa. ¡Maldita oscuridad!
- VOZ DE HOMBRE.—En el camerino tres hay un paquete de velas. ¿Por qué no se trae unas cuantas?
- LA ACTRIZ.—¿En el camerino tres?
- VOZ DE HOMBRE.—Sí, sobre el tocador.
- LA ACTRIZ.—¿Y... y si ese hombre o... o lo que sea, estuviese allí escondido?
- VOZ DE HOMBRE.—¿En el camerino? No es probable. Hubiera oído abrir o cerrar la puerta. Vaya antes de que esto se quede completamente a oscuras... Ande... No tenga miedo...
- LA ACTRIZ (*Dirigiéndose al camerino tres*). Bueno... Pero hable... Diga lo que quiera... Que no deje de oír su voz... ¿de acuerdo?... Con que ya puede empezar...
- VOZ DE HOMBRE (*Tenebrosa*).—¡Ángeles y ministro de la Gracia, protegédnos! ¡Ya seas un espíritu de salvación o un trasto condenado, ya nos traigas contigo...
- LA ACTRIZ.—¡Manolo!
- VOZ DE HOMBRE (*Mismo juego*).—...auras [celestes ó soplos infernales, ya perversos...
- LA ACTRIZ (*Casi gritando*).—¡Manolo!
- VOZ DE HOMBRE.—Sí, señorita Marta...
- LA ACTRIZ.—Déjese de Hamlet. ¿Es que no tiene otra cosita más alegre en su repertorio?
- VOZ DE HOMBRE.—Mmmm... Así de pronto... no sé... mmmmmmm... mmmmm...
- LA ACTRIZ.—Póngase a silbar. Lo prefiero. (*Acompañada del silbido del hombre, desaparece en la oscuridad del foro. Después oímos abrirse una puerta y, al rato, un golpe al cerrarse.*) LA ACTRIZ *regresa de prisa con cuatro velas.*) Gracias, Manolo. (*El silbido deja de oírse.*) (*Enciende las velas a medida que las va colocando sobre las sillas y los andamios.*) Sólo había estas cuatro. No ví el paquete que usted dice... ¡Qué horror! Parece cómo si estuviéramos preparando un funeral de tercera... ¿Hay todavía funerales de tercera, Manolo? Tenía entendido que eso se había acabado... ¿no?... ¡Manolo!... (*Silencio.*) ...¿Manolo?... (*Silencio.*) (*Asustada.*) ¡¡Manolo!!
- VOZ DE HOMBRE.—Diga, señorita Marta.
- LA ACTRIZ.—¡Caramba, ya podía haber respondido antes!
- VOZ DE HOMBRE.—Perdone; es que tenía la boca ocupada...
- LA ACTRIZ.—¡No se haga el gracioso!
- VOZ DE HOMBRE.—De veras. Sujetaba la cuerda con los dientes.
- LA ACTRIZ.—¡Baje de una vez! No resisto esta oscuridad y estas cuatro velas.
- VOZ DE HOMBRE (*Entre risas*).— Sí... sólo falta el ataúd...
- LA ACTRIZ.—¡¿Quiere callarse de una vez?! Podríamos llamar por teléfono...
- VOZ DE HOMBRE.—¿A quién?
- LA ACTRIZ.—A la Eléctrica.
- VOZ DE HOMBRE.—Ya lo hice. Está comunicando. Comunica a todas horas. Siempre pasa lo mismo, cuando ocurre un cortacircuito... Bueno... esto se acabó.
- LA ACTRIZ.—¿Y va a dejar la dichosa sogueta?
- VOZ DE HOMBRE.—No tengo otro remedio. ¿Por qué no se va al patio de butacas y observa el efecto que causa el escenario en estas condiciones? Debe resultar una buena escenografía, ¿no cree?
- LA ACTRIZ.—¡Váyase al cuerno!... (*Risa del HOMBRE.*) ¿Quiere dejar de reírse y bajar a hacerme compañía?
- VOZ DE HOMBRE.—No puedo, y lo siento. Aquí hay algo que se ha enredado y puede ser peligroso... No se inquiete, los

otros no tardarán.

EL ACTOR (*Entra gritando*).—Fantástico!
¡Soberbio! ¡Qué espectáculo, madre mía!

LA ACTRIZ (*Dando un respingo*).—¡Ay,
qué susto, diablos!

VOZ DE HOMBRE.—¿No se lo decía yo, se-
ñorita Marta?

EL ACTOR (*Besándola*).—¡Hola, querida!

LA ACTRIZ (*No muy afectiva*).—Hola.

EL ACTOR.—¿Qué te pasa? Estás helada...

LA ACTRIZ.—Cualquiera no...

EL ACTOR (*Extasiado, girando en torno
suyo*).—¡Impresionante! ¡Catecúmeno!

LA ACTRIZ.—¿Qué hora es?

EL ACTOR.—¡Genial! ¡Patético!

LA ACTRIZ.—Todo lo que tú quieras... pero
¿qué hora es?

EL ACTOR.—¿Huuuummmm?

LA ACTRIZ.—Te pregunto la hora...

EL ACTOR.—Las seis y cinco.

LA ACTRIZ.—¿Me dejas un cigarrillo?

EL ACTOR (*Mientras le ofrece la cajeti-
lla*).—No puedo pensar que al novato ese,
se le haya ocurrido una escenografía se-
mejante...

LA ACTRIZ (*Después de encender el piti-
llo y de lanzar una columna de humo*).
¿No vato?... ¿Qué novato?

EL ACTOR.—Al que premiaron. Nos han
citado para leer su obra.

LA ACTRIZ.—¿Cuál?

EL ACTOR.—Mujer, la premiada. No sé có-
mo se llama.

LA ACTRIZ.—¡Con que era para eso! ¡La
cita era para eso! No me gusta.

EL ACTOR.—¿Qué?

LA ACTRIZ.—¡Qué no me gusta! Siempre
resulta peligroso. ¿En qué concurso fue
premiada?

EL ACTOR.—¡Yo qué sé! En un concurso.
Para mí todos los concursos son iguales.

LA ACTRIZ.—¿Conoces al autor? (EL AC-
TOR *niega con la cabeza*). ¿Ha publica-
do algo?

EL ACTOR.—Que yo sepa...

LA ACTRIZ.—Pero, habrá hecho algo, ¿no?

EL ACTOR.—Sí. La obra premiada.

LA ACTRIZ.—¿Nada más?

EL ACTOR.—Nada más.

LA ACTRIZ.—Pues sí que... ¿Y de qué trata?

EL ACTOR.—Ah, no me preguntes. No ten-
go la menor idea.

LA ACTRIZ (*Después de un breve silen-
cio*).—Pero... ¿por qué tenemos que ser
nosotros precisamente?

EL ACTOR.—Porque lo decían las bases del
concurso.

LA ACTRIZ.—¿Y nuestros proyectos?

EL ACTOR.—¿Qué proyectos?

LA ACTRIZ.—Brecht... Stanislavski...

EL ACTOR.—Tendrán que esperar un poco.

LA ACTRIZ.—¡Ja! Eso sí que tiene gracia!...
(*Transición*) ¿Es joven?... ¿El novato es
joven?

EL ACTOR.—Lo más seguro.

LA ACTRIZ.—Indígena, español, claro...

EL ACTOR.—Claro...

LA ACTRIZ (*En un arrebato*).—¡No me
gusta ser conejillo de indias de nadie! ¡Y
en este caso, tú, yo y todos, todos nos-
otros, vamos a ser conejillos de indias, ni
más ni menos! ¿Te enteras? (*Grita*) ¡Ma-
nolo! (*Más fuerte*) ¡¡Manolo, diablos!!

VOZ DE HOMBRE.—¿Qué hay, señorita Mar-
ta?

LA ACTRIZ.—¿Quiere llamar de nuevo a la
Eléctrica? ¡Esto va a terminar con mis
nervios!

VOZ DE HOMBRE.—Lo intentaré.

LA ACTRIZ (*Al Actor*).—¿No te excita
esta oscuridad? A mí me pone mala...
Pero, ¿qué miras?

EL ACTOR.—Esa cuerda...

LA ACTRIZ.—Vaya... ¿tú también?

EL ACTOR (*Sin apartar los ojos de la
cuerda*).—¿Qué?... Yo también, qué?

LA ACTRIZ.—(*Aplastando el cigarrillo con
el pie*).—Nada.

VOZ DE HOMBRE.—Siguen comunicando, se-
ñorita Marta.

LA ACTRIZ *aprieta los puños y emi-
te un gruñido, en un esfuerzo por
contener su malhumor.*

EL ACTOR.—Esta cuerda me vendría de pe-
rilla...

LA ACTRIZ.—¿Para qué?

EL ACTOR (*Distraído*).—¿Cómo?

LA ACTRIZ.—¿Que para qué quieres tú una
cuerda?

EL ACTOR.—Mis chicos me pidieron que les hiciera un columpio en la terraza.

LA ACTRIZ.—¡Menos mal! Creí que querías colgarte de ella...

EL ACTOR *se entretiene en comprobar la consistencia de la cuerda, tirando de ella.*

EL AUTOR (*Que surge de improviso entre las sombras. Muy tímido a LA ACTRIZ.*)—

Buenas tardes... El señor director, por favor... ¿sabe dónde está?

LA ACTRIZ.—¡Eso quisiera saber yo! No, no tengo la menor idea.

EL AUTOR.—¿No... no ha llegado...?

LA ACTRIZ.—No.

EL AUTOR.—¿Pero vendrá?

LA ACTRIZ.—¡Hombre, eso espero!

EL AUTOR.—Gracias... ¿Usted es Marta Soler, verdad?

LA ACTRIZ (*Irónica*).—¿Cómo lo ha adivinado?

EL AUTOR.—Perdone. No debí hacerle esa pregunta. Yo... yo la conozco a usted.

¡La conozco muy bien! Soy un gran admirador suyo, ¿sabe?

LA ACTRIZ (*Burlona*).—¿De verdad?

VOZ DE HOMBRE.—¡Lo logré, señorita Marta! ¡Ya logré comunicar con la Eléctrica! Dicen que han dado con la avería y que no tardarán en repararla.

LA ACTRIZ. ¡Dios lo oiga! (*Al AUTOR.*) ¿Quiere algo?

EL AUTOR.—No... no... gracias... Lo esperaré fuera... No quisiera ocasionarle molestias... Gracias, señorita Marta... Ha sido usted muy amable... (*Se retira.*)

LA ACTRIZ.—¡Qué tío más raro! Si todos mis admiradores son como ese... ¡Anda, que voy de culo!... (*Al ACTOR que continúa con la cuerda.*) Dile a Manolo que te la dé, si tanto te gusta... Oye... no sería ese, ¿verdad?

EL ACTOR (*Distraído*).—¿Quién?

LA ACTRIZ.—¡El autor!

EL ACTOR (*Apartándose de la cuerda.*)—Puede...

LA ACTRIZ.—¡Estamos listos! ¿Qué pudo escribir ese tipo con una cara semejante? ¿No te fijaste en su cara?

EL ACTOR.—No... Pero, cuando fue premiado, no creo que tuviese otra.

LA ACTRIZ.—Y yo te digo que no pudo escribir nada que merezca la pena. ¡Hay cada jurado por ahí...! ¿Por qué les gustará tanto escribir a los españoles? ¿Es que no se pueden dedicar a otra cosa? ¡Qué manía, eh, qué manía! A cada paso que das, te tropiezas con un fulano que se acerca a ti muy sonriente, con la boca que le llega de oreja a oreja, muy amable, muy empalagoso, con muchas reverencias y todo eso, para terminar sacándose un librito de donde menos te lo esperas y restregártelo por las narices.

EL ACTOR.—Algunos dicen lo contrario... Que no tenemos autores, que siempre son los mismos...

LA ACTRIZ (*Frotando los dedos*).—¡Los que apoquinan, los que nos pagan! ¿Qué quieres? Esos van a lo seguro. Nadie se arriesga así porque sí, salvo nosotros... (*Entre dientes.*) ¡Consejillos de indias! ¡Porras! (*Con más coraje.*) ¡Porras! (*Transición.*) ¿Cuántas representaciones? (*El ACTOR hace un gesto ambiguo. No lo sabe.*) Si fuese única... La gente no viene a los noveles... ¡y tú lo sabes!

EL ACTOR (*Distraído otra vez con la cuerda*).—Pero todos los autores fueron noveles alguna vez...

LA ACTRIZ.—Bueno; pero que carguen otros con el mochuelo. Oye, te prometo que estos estrenos suelen traer complicaciones. ¿No te las has tenido que ver nunca con un autor novel? No conozco a uno que no se crea el renovador escénico del siglo... ¡Hasta ese que tiene cara de muerto de hambre, se lo creará, seguramente! Y todo, porque le dieron una miserable placa... Fue una placa, ¿no? Es lo que suelen dar...

EL ACTOR.—Sin embargo, yo pienso que el único premio que debe merecer cualquier obra de teatro es su representación... Lo demás... ¡psh!

LA ACTRIZ.—Sí, sí... Espera un poco a que conozcas la obra premiada. No te precipites.

EL ACTOR.—¡Manolo!

VOZ DE HOMBRE.—¡Diga, don Arturo!

EL ACTOR.—¿Te sobra un par de metros?

VOZ DE HOMBRE.—¿Se refiere a la cuerda?

Descuide. Se los dejaré con mucho gusto.

EL ACTOR.—Gracias. Se podrá hacer un buen columpio con esto.

VOZ DE HOMBRE.—Desde luego.

EL DIRECTOR (*Entrando*).—¡Menudo atasco! ¡No hay derecho! ¡Tres cuartos de hora para llegar desde cinco manzanas más abajo! ¡Qué barbaridad!

LA ACTRIZ (*Yendo a su encuentro*).—Bri-bón. Excusas. (*Lo besa*.) ¿No te da vergüenza hacer esperar a una dama?

EL ACTOR.—¿Qué tal, Víctor?

EL DIRECTOR.—¿Qué sucede?

LA ACTRIZ.—Un cortacircuito.

EL DIRECTOR.—¡Huuuummm! Empezamos mal.

LA ACTRIZ.—Y terminaremos mal. Lo presiento. No me habían dicho nada de lo del novato.

EL DIRECTOR.—¿Qué sabéis vosotros?

LA ACTRIZ.—No hace falta saber nada. ¡Es novato y con eso basta! ¡Ah, Víctor, esta jugada no te la perdonaré nunca! ¿Recuerdas el fracaso de la última vez? ¡No es posible que lo hayas olvidado!

EL DIRECTOR (*Repartiendo los libretos que los actores irán hojeando distraídamente durante el diálogo*).—Ahora procuraremos que no suceda lo mismo.

LA ACTRIZ.—¿Sí?

EL ACTOR.—¿Estás seguro?

EL DIRECTOR.—Sí. Adoptaremos precauciones.

LA ACTRIZ.—¿Qué tal es?

EL DIRECTOR.—No está mal... Con los defectos propios de las obras primerizas...

LA ACTRIZ.—Si tiene defectos, ¿cómo la premiaron?

EL DIRECTOR.—No se puede decir que no haya sido la mejor de las presentadas al concurso...

LA ACTRIZ.—¡Ya podían haberlo declarado desierto! Te apuesto lo que sea, a que esta dichosa obrita es pobretona...

EL DIRECTOR.—¡Como una rata!

EL ACTOR.—¿Hay algo que se pueda salvar?

EL DIRECTOR.—Tiene también sus aciertos.

LA ACTRIZ.—Víctor, querido... ¿no podríamos eludir el compromiso?

EL DIRECTOR.—Me temo que no.

LA ACTRIZ.—¿No sé cómo no te despedazo!

EL DIRECTOR.—¿No lo habéis visto?

LA ACTRIZ.—¿Al autor?

EL DIRECTOR.—Sí.

LA ACTRIZ.—¿Lo conoces?

EL DIRECTOR.—No, no lo he visto nunca.

LA ACTRIZ.—Me parece que sí. ¡Mi admirador! Estuvo por aquí hace un rato.

EL DIRECTOR.—Marta...

LA ACTRIZ.—¿Qué?

EL DIRECTOR.—Tranquilízate, querida.

LA ACTRIZ.—¡Qué fácil es decirlo! ¿Cómo quieres que...?

EL AUTOR (*Como la vez anterior, aparece de improviso*).—Perdón...

LA ACTRIZ.—Aquí está.

EL DIRECTOR.—¿El autor?

EL AUTOR.—Sí, señor...

EL DIRECTOR. (*Estrechándole la mano*).—¿Qué hay? ¿Ya se conocen?

LA ACTRIZ.—Me parece que sí.

EL ACTOR (*Con un apretón de manos*).—Enhorabuena por ese premio.

EL AUTOR.—Gracias.

EL DIRECTOR.—Bueno, joven; por fin se dará sentido a su premio. Su obra va a plasmarse sobre estas mismas tablas... ¿Satisfecho?

EL AUTOR.—Figúrese, yo...

LA ACTRIZ (*Que ha estado hojeando el libreto*).—¿La Ejecución?

EL AUTOR.—Perdón... ¿cómo dice?

LA ACTRIZ.—La Ejecución... ¿se titula así?

EL AUTOR.—Sí.

EL ACTOR.—Me gusta.

LA ACTRIZ.—Por lo menos el título tiene garra. (*Asombrada*.) ¡Cuatro actos!

EL AUTOR.—Y un epílogo.

LA ACTRIZ.—¿Qué barbaridad!

EL DIRECTOR.—Bien... entre otras cosas, quería hablarle de eso, precisamente. Reconozca que se ha excedido algo... Claro que es natural que no domine aún la medida... Su obra se haría demasiado larga, inacabable... Habrá que cortar un poco... Siempre sobra algo... ¡Y eso sucede hasta a los autores consagrados! To-

dos cortan, no se vaya a creer...

EL AUTOR.—¿De verdad que lo considera necesario?

EL DIRECTOR.—Desde luego. Sé lo que está pensando. Lo comprendo. Toda extirpación resulta dolorosa, sobre todo al padre de la criatura, que es usted... Pero tenga siempre presente, que usted puede concebir algo sobre el papel, que después en las tablas falla, no va... Que lo que usted dice en tres o cuatro folios, puede muy bien decirlo en media cuartilla... Y otra cosa importante es la íntima conexión entre el autor y el director... Porque si usted es el autor de la obra en ese papel del que hablaba, yo seré el autor de la misma, sobre este escenario... ¿Conoce algo de técnica teatral?

EL AUTOR.—Un poco...

LA ACTRIZ.—¡Ozado, como todos!

EL DIRECTOR.—Escuche: le he señalado con rotulador rojo las partes que, a mi juicio, debe suprimir, sin contemplaciones. No se asuste. La obra no perderá nada por eso. Así que... con dos actos, yo creo que sería más que suficiente...

EL AUTOR.—¿¿Dos actos?! ¿¿Dos actos, nada más?!

EL DIRECTOR. (*Sentándose en el viejo trono*).—Nada más. Tiene demasiado texto, demasiado diálogo. Hoy la comunicación entre el actor y el espectador no es necesario que vaya tan cargada de palabras... Puede ser perfectamente visual. Es el coloquio que entra por los ojos y no por los oídos. Y en cuanto al epílogo... honestamente, tampoco lo estimo necesario...

EL AUTOR.—Pero si en el epílogo...

EL DIRECTOR.—Muerto Marcos, el monólogo de Cristina se haría insostenible. El telón debe caer cuando Marcos es ejecutado. Oscuro y telón rápido.

EL AUTOR.—Pero su esposa...

EL DIRECTOR.—Su esposa, su esposa... ¿y por qué no su amante?

EL AUTOR.—¡¿Su amante?!

EL DIRECTOR.—¡Sí, hombre, su amante! Resultaría... ¿cómo le diría yo? más... más convincente.

EL AUTOR.—Pero... pero Marcos y Cristina...

EL DIRECTOR.—Marcos y Cristina no quieren unirse a ningún vínculo que podría llevarlos a inevitables frustraciones. Y si Cristina, en lugar de Cristina, que suena a novela rosa, se llamase Moyrra, por ejemplo... ¿Qué me dice? ¿No le gusta el nombre de Moyrra? Suena mejor, no me dirá que no...

EL AUTOR.—Bueno, un cambio de nombres siempre sería más sencillo.

EL DIRECTOR.—Y de estado, y de estado, ¿por qué no?

EL AUTOR.—Verá... es que yo... en el momento de escribir "La Ejecución"...

EL DIRECTOR. ...en el momento de escribir "La Ejecución" usted tenía sus ideas, sus propósitos, para decir algo... De acuerdo. Pero... ni esas ideas, ni esos propósitos fueron bien encauzados. ¡Falta de experiencia! Es natural. Es usted demasiado joven... Es la primera obra que escribe... No quiero decirle con esto que su obra sea mala, ¡Dios me libre!, pero sí adolece de cierta... vulgaridad... Es natural, es natural...

EL AUTOR (*Como si pensara en voz alta*).—¿Amantes...?

EL DIRECTOR.—¡Si lo están pidiendo a gritos! ¿Es que no se da cuenta?

LA ACTRIZ.—No nos irá a decir que siente prejuicios...

EL DIRECTOR.—Convénzase. Los temas en torno a parejas de amantes, son muy bien acogidos. La censura ya no es tan rigurosa en este aspecto y al público le atrae cada vez más todo lo que sea sexo... sexo que raye en lo erótico, sin llegar a lo pornográfico, necesariamente... Y todo eso que usted quiere decir en su "Ejecución", no puede partir de un matrimonio más o menos corriente...

EL AUTOR.—Bueno... yo...

EL DIRECTOR (*Súbitamente*).—¿Qué tal anda de tacos?

EL AUTOR.—¿Ta... tacos...?

EL DIRECTOR.—¡Tacos, tacos! ¿Qué? ¿No sabe ninguno?

EL AUTOR.—Bueno... es que...

EL DIRECTOR.—Se lo pregunto, porque he observado con sorpresa que no se dice un solo taco a lo largo de toda su obra... Ha escrito ciento doce folios, a doble espacio, sin citar un sólo taco... ¿Es que sus personajes no son humanos? El taco se ha impuesto. Lo oímos cotidianamente. Forma parte de cualquier conversación y se pronuncia por igual en todas las esferas sociales, desde las más bajas a las más elevadas... ¡Hasta los conferenciantes de más prestigio, incluso de reales academias, sueltan tacos en sus disertaciones!... Pero lo que es usted, ni uno siquiera... Mire, un hombre atormentado por la incompreensión y la maldad, que gira en un torbellino de golpes, de crudas sensaciones, unas detrás de otras, como su protagonista, necesariamente tiene que soltar muchos tacos al día... ¡Si lo sabré yo!

EL AUTOR (*Con su característica timidez*).—¿Quiere decir... “palabrotas”?

EL DIRECTOR.—¡Palabrotas!

EL AUTOR.—Pero... con todos mis respetos... yo pienso... me... me atrevería a jurar que... que el público no lo aceptaría... que lo consideraría atrevido... de mal gusto... desagradable...

Los actores y EL DIRECTOR se miran y se sonríen socarronamente.

EL DIRECTOR.—Joven, ¿ha oído hablar del “Teatro del Pánico”?

EL AUTOR.—¿El... “Teatro del... del Pánico”...? No...

EL DIRECTOR.—Me lo suponía. Debe saber que en el “Teatro del Pánico”, que es uno de los que se están imponiendo hoy día, y cada vez con mayor fuerza, contiene “algo” más que unas palabras malsonantes... ¡Orgías de sangre!

LA ACTRIZ.—¡Estupros!

EL ACTOR.—¡Sadismo!

EL DIRECTOR.—¡Strep-tease!

LA ACTRIZ.—¡Masoquismo!

EL ACTOR.—¡Culebras que se arrastran por el escenario!

EL DIRECTOR.—¡Sacrificios de reses putrefactas!

LA ACTRIZ.—¡Perros tíficos que se hacen el amor en escena!

EL ACTOR.—¡Relaciones homosexuales!

EL DIRECTOR.—¡Incestuosas!

LA ACTRIZ.—¡Todo en un solo espectáculo!

EL ACTOR.—¡De cuatro o cinco horas de duración!

EL DIRECTOR.—Londres, París y todas las grandes capitales de Europa han ovacionado al Teatro del Pánico... Y ahora, después de lo que hemos dicho, ¿insiste en que su pieza resultaría atrevida o de mal gusto, por unos taquitos de nada?... ¡No sea ingenuo! Para eso, todavía le falta mucho que aprender...

EL AUTOR.—Pero mi obra es optimista... ¡con esperanza, con un mensaje de esperanza!

EL DIRECTOR.—¡¿Esperanza?! ¿Esperanza a qué? ¿Qué esperanza cabe en una aldea arrasada por la metralla, el hambre, las epidemias y donde sus habitantes terminan muriendo aplastados por las bombas, mientras las grandes potencias se siguen aprovisionando de armamentos y más armamentos... ¿Puede haber alguna esperanza? ¡Es inútil! ¡Eso sí es verdad que nadie lo aceptaría! Mire: Cristina... quiere decir, Moyrra, o camboyana, o egipcia o israelita, da igual... está cansada de poner los ojos en el cielo, asustada por el rumor amenazante de los aviones... Del cielo sólo espera las bombas que caen sucesivamente como excrementos mortíferos de los monstruos de acero que vuelan sobre su cabeza... Para ella, para la humanidad entera, en ese cielo no hay resquicio de esperanza... sólo terror, terror... ¡terror! ¡Y califica a su obra optimista! ¡Vamos, hombre!

EL AUTOR.—Pero... pero si yo no he escrito nada de eso... Perdone, pero creo que usted no ha leído... no ha captado con atención su argumento, su...

EL DIRECTOR.—¡¿Qué trata de insinuar?!

EL AUTOR.—No quisiera molestarle; pero... verá... en mi obra... Cristina... Mmmmm... Moyrra, como usted pre-

fiere que sea, no vive atormentada por la guerra... Bueno, es que en mi obra no hay guerras... Trato simplemente de...

EL DIRECTOR (*Interrumpiéndole*).—Pues tiene que haberla! ¡Es el tema de actualidad! ¡Las obras de carácter bélico acaparan las carteleras! Como usted debe saber, tan bien como yo, el teatro ya no basta con representarse, ¡se vive! ¡Se vive con toda intensidad! Y si el tema de ahora es la guerra, ¡hay que escribir sobre la guerra! ¡Vivir la guerra! Un autor, por muy nóvel que sea, no puede dar la espalda a su momento histórico... No le será de mucha complicación hacer un ligero cambio de situaciones... La obra no va a acusar ningún golpe desfavorable...

EL ACTOR (*Después de haber hojeado a placer el libreto*).—¿Y esto es todo?

EL AUTOR.—¿Cómo dice?

EL ACTOR.—¡Mi papel! En total, cinco folios... seis, a lo sumo... En los cuatro actos y un epílogo, cinco folios son mi papel... Oígame bien: he seguido los estudios de Arte Dramático con primerísimas calificaciones; he practicado toda clase de deportes: natación, equitación, judo, esgrima... he observado rigurosamente las más duras dietas alimenticias y las que no son alimenticias, para conservarme siempre en forma; he estudiado inglés, francés, alemán, ruso, sueco... con profesores nativos, para conocer a fondo las técnicas teatrales más diversas y modernas... Han sido años de lucha, de sacrificios, de estudios constantes, de constantes renunciaciones, que se han traducido en ovaciones delirantes, mientras el telón no para de subir y bajar... He hecho caer al público en éxtasis, para que, ahora, de repente, aparezca usted y se empeñe en que arroje todo eso al garete, todo eso que tanto me costó conseguir...

EL ACTOR.—Bueno... yo creo...

LA ACTRIZ.—¡Jajajajaja! ¡Jajajajaja! ¡Jajajajaja!

EL DIRECTOR.—¿Qué pasa, Marta?

LA ACTRIZ (*Sin poder contener la risa*).—Aquí... esta acotación... (*Lee*). "Sale Cris-

tina... —bueno, Moyrra— Viste un traje sastre gris, príncipe de gales... ¡Jajajajaja! ¡Jajajajaja! ¿Me imagináis con un traje así? ¡Para morirse! (*AL AUTOR*). ¿Pero usted cree que vestida con un traje sastre podría seducir a alguien? Póngase en situación. Vamos a ver... Si yo pretendo acostarme con el fiscal para salvar a mi marido... —a mi amante— de la pena de muerte, no se me ocurriría nunca intentarlo con un traje sastre, como usted lo describe aquí... ¡Ni hablar! Lo haría... con una mini falda... con una larga estola de plumas de avestruz o... o con una desabillé malva... el malva me sienta fenómeno... (*Ríe*). ¿En qué año escribió esto, amigo?

EL AUTOR.—Bueno, es que si se fija, todo tiene su razón de ser...

LA ACTRIZ.—Víctor, querido, no harás ponerme ese horrible traje sastre, ¿verdad? ¡Siempre he odiado esa clase de trajes! ¡No me parecen femeninos! ¿No te parece que con la estola estaría mucho mejor? Dímelo, Víctor, querido, ¿verdad que sí?

EL ACTOR.—¿No podría hacer un arreglito en mi favor? Apenas si intervengo en el primer acto... Creo... creo que con este papel tan mezuquino, no podría entrar en situación... No tendría tiempo... ¿comprende?

EL DIRECTOR.—*Calma... calma... calma... Todo se arreglará... Todavía estamos a tiempo... Todo se arreglará... Calma... Tened calma...*

LA ACTRIZ (*al DIRECTOR*).—¿Y este monólogo? ¿Vas a eliminar este monólogo? No me parece malo... ¿Por qué, Víctor?... ¿Por qué quieres eliminarlo? Lo tachaste con rojo... ¿No te gusta, Víctor? ¡A mí sí! ¿Quieres que te lo lea, Víctor? ¿Quieres que te lo lea?...

EL ACTOR.—¡Esto no me gusta! Suena a falso, a texto enciclopédico... Una frase más natural, más sencilla... Aquí le falta una frase... algo así como... Mmmmmmm... Mmmmmmm... No se me ocurre nada... Pero usted es el autor, ¿no? Piense... piense, piense... Tiene que

sustituir esta frase... Piense... ¿sí?... Piense...

EL DIRECTOR.—Calma... calma... Todo se arreglará... Estamos a tiempo... Todo se arreglará...

LA ACTRIZ.—Víctor, querido, déjame poner la estola de avestruz... ¿Me lo prometes?

EL ACTOR.—Piense un poco y corrija esto en seguida... Suena a falso... Léalo pausadamente, y verá que suena a falso... Piense un poco... Ande... piense un poco...

LA ACTRIZ.—Respóndeme, Víctor, ¿me dejarás usar la estola? Respóndeme Víctor... Respóndeme...

EL ACTOR.—Esto suena a falso... suena a falso... Oid cómo suena a falso...

LA ACTRIZ.—Cruel... eres un cruel... Víctor, eres el hombre más cruel del mundo... Si no me dejas poner la estola, no haré el papel... ¿Me dejas, me dejas, Víctor, querido? ¿Me dejas? ¿Me dejas? ¿Me dejas? ¿Me dejas?

EL ACTOR.—Tiene que corregir... tiene que corregir... Tiene que corregir...

LA ACTRIZ.—¿Me dejas, Víctor? ¿Me dejas? ¿Sí? ¿De verdad que me dejas?

EL AUTOR (*Perdiendo la paciencia, grita exasperado*).—¡¡Bastaaaaa!!!... (*Silencio.*) (*Débilmente.*) Perdón... Lo siento... Perdónenme...

EL DIRECTOR (*Después de una pausa*).—No se preocupe. No merece la pena. En algún momento tendrá conciencia de que todo esto lo hacemos por su bien. Usted es una buena persona; nos ha caído simpático y queremos ayudarle. Que se le meta esto bien en la cabeza: cualquier cosa que intentemos hacer, será única y exclusivamente por ayudarle. Verá: supóngase que su obra fracasase... supóngaselo... El fracaso sería suyo, únicamente suyo. Nosotros nos quedaríamos al margen. Yo, como director, me limitía a dirigir, y estos señores, como actores, a interpretar letra por letra, lo que usted ha escrito en estos papeles, con sus cuatro actos, su epílogo y todo... Sin embargo... sin embargo, queremos que triunfe, que su entrada a la escena sea por la

puerta grande... Amigo mío, usted nos necesita. Somos profesionales. Conocemos al teatro con todos sus recovecos y sabemos por cual de esos recovecos debemos ir para llegar al público, ¡para atrapar al público y hacer de él lo que se nos antoje! Eso y nada más que eso es lo que pretendemos... ¡que con su "Ejecución" atrape usted al público así! ¿Lo ve? ¡Así, en un puño!... ¿Lo comprende ahora?

EL AUTOR.—Sí... creo que sí... Lo siento... Me ofusqué... Lo siento...

EL DIRECTOR (*Que ha abandonado su trono*).—Tranquilo... Pienso que entre todos lograremos hacer de su pieza dramática, una obra bastante aceptable... ¡Qué lástima que sólo se vaya a representar una noche!

EL AUTOR.—¿Una noche nada más?

EL DIRECTOR.—Sí... Eso es lo que ha dicho don Oscar... ¿No conoce usted a don Oscar?

EL AUTOR.—No...

EL DIRECTOR.—Es el Empresario... No tardará en venir...

EL AUTOR.—Una sola noche...

EL DIRECTOR.—¡Hombre, algo es algo! Muchos autores premiados, así, noveles, como usted, ni siquiera tienen esa oportunidad...

EL ACTOR (*Que ha estado leyendo el libreto*).—¿Me fusilan?... ¿Al final, me fusilan?

EL AUTOR.—Sí. Es que...

EL DIRECTOR.—Los fusilamientos en escena son antiteatrales...

La figura del EMPRESARIO se destaca entre las sombras del foro. Presencia la escena sin ser visto, hasta el momento en que deba intervenir.

EL AUTOR.—Bieno... no sucede en escena, precisamente...

EL DIRECTOR.—A pesar de todo. También eso lo he meditado profundamente. Escuche: se me ha ocurrido que podríamos llegar a un final patético, para que después de caído el Telón, el público, mudo de asombro, permanezca en sus butacas,

- inmóvil, sin atreverse a hablar, ni a aplaudir, ¡Quietos, como muertos!
- EL AUTOR.—Pero Marcos debe ser fusilado...
- EL DIRECTOR.—Chchchch...
- EL AUTOR.—¿Pretende que lo indulten?
- EL DIRECTOR.—¡Oh, no, de ninguna manera! En eso estoy de acuerdo con usted. ¡Debe morir! ¡Es necesario que muera, claro que sí! Pero... pero de otro modo... ¡A la vista del público, para que cause el impacto del que le hablé.
- EL AUTOR.—Pero... pero el estampido de los disparos...
- EL DIRECTOR.—Rompería el climax y sería una lástima...
- EL AUTOR.—No... no... Tiene que ser fusilado... La detonación se oye en el pueblo cercano... Tiene que ser fusilado... Las viejas rezan... Los niños se refugian en el regazo de sus madres... Los hombres se meten en las tabernas y no se atreven a decir nada... La detonación se oye, y el olor a pólvora se extiende por encima de los muros de la prisión... Tiene que ser fusilado... No, no es posible otra muerte... ¡Tiene que ser fusilado!
- EL DIRECTOR.—No, no, está equivocado por completo. ¡Hay que buscar otra muerte!
- EL AUTOR.—¡No! ¡No es posible!
- EL DIRECTOR.—¡Y yo le digo que sí!
- EL AUTOR.—¡No!
- LA ACTRIZ.—¡Qué pesado!
- EL ACTOR (Al AUTOR).—Oiga, si este señor le dice que no, créalo, es que no...
- EL AUTOR.—¡No, no, no puede haber otro final! Escúcheme, por favor...
- EL DIRECTOR.—¿Por qué se empeña en fracasar?
- EL ACTOR.—Ya este señor le dijo que conocíamos el teatro mejor que usted...
- LA ACTRIZ.—¿Por qué no trata de ser razonable?
- EL DIRECTOR.—¡Queremos alejarlo del ridículo!
- EL ACTOR.—¡Del tópico!
- LA ACTRIZ.—¡De la vulgaridad!
- EL AUTOR.—No, no, el final no lo cambiaré... Haré todo lo que ustedes digan, pero el final no lo cambiaré... ¡Ha de morir fusilado! No hay otra muerte!
- EL EMPRESARIO (Desde el foro).—¡Se equivoca! ¡La hay!
- EL DIRECTOR (Volviéndose, igual que todos).—¡Oscar!
- EL EMPRESARIO (Avanzando en dirección a la sogá).—¡Hay otra muerte!
- TODOS (Menos el autor).—¿Cuál?
- EL EMPRESARIO (Cogiendo la sogá).—¡Ahorcado!
- EL AUTOR.—¡No, no podrá ser!
- EL EMPRESARIO.—¿Quién le ha dicho que no?
- EL AUTOR.—¡Es que yo no quiero que muera ahorcado! ¡Ha de oírse una detonación! ¡Quiero que se oiga una detonación! ¡Es importante que se oiga!
- EL EMPRESARIO.—¡No habrá detonación, ni nada que se le parezca! El que tenga que morir, morirá en silencio, en el más espeluznante de los silencios... Se abrirá una trampa a sus pies y su cuerpo se quedará colgado del vacío... Ni un grito... Ni un gemido... ¡Sólo silencio!...
- EL AUTOR.—¡No, no, no quiero que sea así! ¡no! ¡Ha de ser fusilado!
- EL DIRECTOR.—¡Una idea colosal, Oscar! ¡Eso precisamente es lo que estaba buscando!
- LA ACTRIZ.—¡Fabuloso!
- EL ACTOR.—¡De gran espectáculo!
- EL AUTOR.—¡Esa muerte no es posible en ningún escenario!
- EL EMPRESARIO.—Víctor, es posible o no es posible?
- EL DIRECTOR.—¡Por supuesto que sí!
- EL AUTOR.—¡No, no; estoy seguro que no!
- EL DIRECTOR.—Ahora es de mi capacidad de la que duda.
- EL ACTOR (Al autor, refiriéndose al director).—Este señor domina todas las técnicas.
- EL DIRECTOR.—Y se lo demostraremos... Le demostraremos que esa muerte es posible en cualquier escenario... (Colocando la cuerda en torno al cuello del autor). Oscar, ayúdame. Vamos a hacer un ensayo... Anudaremos el lazo alrededor del cuello... Así... ¡No se mueva! Piense que es Marcos... Ha subido al patíbulo,

y el verdugo le pone el lazo en torno a su garganta... Así... como lo tiene ahora... ¿Lo siente verdad? No ha querido que le cubran el rostro... En sus ojos que tampoco ha querido cerrar, hay cansancio... sus labios ni siquiera tienen fuerzas para rezar... Y notará como el nudo se va cerrando sobre su muelle... (El actor y la actriz participan también del ensayo) Más... cada vez más... Y más... Y más...

EL AUTOR. (Asfixiándose).—¡Aaaaahhhggg!

—Más... más... más...

—Más... más... más...

EL ACTOR.—¡Aaaaahhhhhggggg!

—Más... más... más...

—Más... más... más...

EL AUTOR.—¡¡Aaaaaahhhhhggggggg!!

—¡¡¡Maaaaaasssss!!!

El autor cae al suelo.

En ese instante se ilumina la escena

VOZ DE HOMBRE.—¡Ya puede estar tranquila, señorita Marta! ¡Y la luz se hizo ...Ah, buenas tardes don Víctor... Buenas tardes, don Oscar... ¿Cómo han podido estar ensayando con tanta oscuridad?... Yo he terminado por hoy... Don Arturo, mañana le cortaré la cuerda para el columpio de sus chicos... Bueno, si no la necesitan para la representación de la nueva obra... Buenas tardes... (Silbido del hombre que se aleja.)

EL DIRECTOR.—¡Espera!... Apaga las luces. No son necesarias.

La escena se sume otra vez en la penumbra.

Se oye de nuevo el silbido del hombre hasta que se pierde en la distancia.

Pausa.

LA ACTRIZ.—¡Está muerto!

EL ACTOR.—¡Lo hemos ahorcado de verdad!

EL DIRECTOR.—¡Qué lástima! A pesar de todo, tenía aptitudes... Hubiera podido ser un autor...

LA ACTRIZ.—¿Uii autor?

EL DIRECTOR.—¡Un gran autor!

EL ACTOR.—Bueno... y ahora, ¿qué hacemos?

LA ACTRIZ.—Sí, ¿qué hacemos?

EL EMPRESARIO.—Nada... Esperar...

EL DIRECTOR.—¿Esperar?...

EL EMPRESARIO.—No será por mucho tiempo. ¿Queréis ayudarme? (Quita el nudo de la soga al AUTOR, y, entre los cuatro, colocan su cuerpo en el suelo, en medio del escenario.) Así quedará muy bien, ¿no os parece?... Unele más los pies... Eso... Círrate los ojos, ¿quieres?... Perfecto...

LA ACTRIZ.—Oscar... ¿a qué tenemos que esperar?

EL EMPRESARIO.—...Ahora las manos cruzadas sobre el pecho, en ademán de oración... ¿Preguntabas algo, Marta?

LA ACTRIZ.—Te preguntaba a qué tenemos que esperar...

EL EMPRESARIO. (Incorporándose). A otro autor... Hay muchos... ¿Vamos?

Todos han salido. El cadáver del AUTOR queda solo en medio de las cuatro velas. La luz... La escasa luz va descendiendo, a medida que se oye una voz en off...

VOZ EN OFF.—Se convoca concurso para obras de teatro, conforme a las siguientes Bases... Primera: Podrán presentarse a este Concurso los autores noveles de nacionalidad española o hispanoamericana. Segunda: La obra ha de ser inédita y hay absoluta libertad para su temática. Tercera: Se otorgará un Primer premio de veinte mil pesetas y un Segundo de diez mil, que podrán ser declarados desiertos. Cuarta: Las obras, por triplicado ejemplar, escritas en hojas tamaño folio y mecanografiadas a dos espacios y por una sola cara...

Se ha hecho oscuro total.

F I N